

CLAUDE Ford conocía muy bien la caza del brontosaurio. Uno se arrastra descuidadamente por el barro entre los sauces, entre las flores primitivas de pétalos tan verdes y castaños como un campo de fútbol, por la loción de belleza del barro. La criatura está tendida entre las cañas, y su cuerpo tiene la gracia de un saco de arena. Está ahí acostada, y el pantano cede y la abraza, y las narinas, grandes como conejeras, barren el aire en un movimiento de arco a treinta centímetros de altura, sobre las hierbas, buscando roncamente los juncos gruesos: como embutidos. Es una obra maestra: aquí el horror ha alcanzado su límite, ha dado toda una vuelta y al fin ha desaparecido en su propio esfínter. Los ojos del animal brillan con la animación de los dedos gordos de los pies en un cadáver de una semana, y el aliento de estiércol y las matas peludas que asoman en las toscas cavidades auriculares merecen la atención de todo aquel que se siente inclinado a hablar cariñosamente de la obra de la Madre Naturaleza.

Pero cuando tú, pequeño mamífero con el pulgar en oposición y el poderoso rifle 65 que se carga a sí mismo, semiautomático, de dos cañones, de mira telescópica, en las garras que de otro modo serían indefensas, te escurres bajo los sauces inmemoriales, lo que primero te atrae es el cuero del lagarto del trueno. Emite un olor tan profundamente resonante como las notas bajas de un piano, y lo comparas con la epidermis del elefante: una hoja arrugada de papel higiénico. Es gris como los mares vikingos, macizo como los fundamentos de una catedral. ¿Qué osamenta es capaz de atemperar las fiebres de esa carne? Esa carne donde —puedes verlos desde aquí— se agitan los piojos de color caoba que viven entre esas montañas y cañones grises, afanosos como fantasmas, crueles como escarabajos. Si uno de ellos te saltara encima, podría quebrarte el pescuezo. Y cuando uno de esos bichos se detiene a frotarse las patas contra las vértebras del brontosaurio, puedes ver que él también lleva su propia carga de parásitos, grandes todos como langostas, pues tú estás cerca ahora, tan cerca que puedes oír los golpes del corazón primitivo del monstruo: los ritmos milagrosamente paralelos del ventrículo y de la aurícula.

Ha pasado el tiempo de atender al oráculo. La etapa de los augurios ha quedado atrás, y sigues ahora el camino de la muerte, la tuya o la de él. Ya no es hora de supersticiones. De aquí en adelante sólo cuentan la tensión de los nervios, la temblorosa e inextricable masa de músculos bajo el caparazón brillante y sudoroso de la piel, este impulso sanguinario que te arrastra a matar el dragón... Sólo así encontrarás al fin respuesta a tus oraciones.

Puedes disparar ahora. Espera sólo a que la cabeza, esa menuda excavadora de vapor, se inmovilice otra vez para tragar una nueva carga de juncos, y con un estampido de

una vulgaridad increíble le mostrarás a todo el indiferente mundo jurásico el punto último de la evolución de un obsesivo sexual. Sabes por qué titubeas, aunque pretendas no saberlo: el gusano devorador, largo como un bastón, viejo como una tortuga, el gusano-conciencia está trabajando. Más monstruoso que la serpiente, se te insinúa en todos los sentidos, en las pasiones, diciendo: ahí tienes delante el pato de porcelana de un quiosco de tiro al blanco. Se te insinúa en la inteligencia, murmurando que el aburrimiento, buitre insaciable, volverá tan pronto como concluyas la tarea. En los nervios, susurrando que cuando la adrenalina deje de correr seguirán los vómitos. En el artista, que se disimula detrás de la retina, tratando que aceptes la belleza de la escena.

Ahórranos ese nombre de jarabe dulzón: belleza. Madre mía, ¿es esto una película de viajes, no hemos salido de eso?

—Posada en el titánico lomo de esta criatura, vemos ahora una docena de aves de brillante plumaje, con todos los colores de las encantadoras y legendarias playas de Copacabana. Son aves gordas, pues se alimentan de las sobras que caen de la mesa del hombre rico. Observen ahora esta hermosa escena. Vean cómo el bronto levanta la cola. Oh, qué hermoso, el par de hacinas de heno que emerge al fin del extremo posterior del animal. La belleza pura, mis amigos, directamente del consumidor al consumidor. Los pájaros se disputan ahora la comida. Eh, tú, hay bastante como para engordar a todos, y tú ya estás bastante gordo... Y no hay nada que hacer ahora sino subirse otra vez al viejo trasero y esperar la próxima hornada. Y mientras el sol descende en el crepúsculo jurásico, le decimos adiós a esta dieta...

Bueno, basta, estás demorándote, y esto es la meta de tu vida. Mata a la bestia y termina de una vez con tu propia agonía. Tomas tu coraje con ambas manos, lo levantas a la altura del hombro, y apuntas entornando los ojos. La detonación es terrible, y te aturde. Te tambaleas, miras alrededor. El monstruo rumia todavía, con la satisfacción de haber soltado un viento bastante impetuoso como para hinchar las velas del viejo marinero.

Furioso (o sintiendo quizá una emoción más sutil), saltas fuera de los matorrales y te enfrentas con el monstruo, y exponiéndote de esta manera traicionas típicamente esa preocupación que te obsesiona siempre: la de obtener la consideración de ti mismo o la consideración de los demás. ¿Consideración? ¿Por qué no, otra vez, algo más sutil? ¿Acaso tienes que mostrarte confundido sólo porque procedes de una civilización confundida? Pero ya reflexionarás en eso más tarde, si hay un más tarde, un tiempo que esos ojos porcinos parecen negarte mirándote de arriba abajo desde una distancia que podrías cubrir con un salivazo. No vivas sólo de tus mandíbulas, oh monstruo, sino también de tus cascos de cuerno, y, si te parece adecuado, aplástame con tu vientre de montaña. Que la muerte sea una saga, oh épica sagaz.

A medio kilómetro de distancia, un estruendo: como si una docena de hipopótamos en

pantalones de gimnastas saltaran ruidosamente en el barro ancestral; y en el segundo siguiente una cola sinuosa, larga como un domingo y pesada como una noche de sábado azotó el aire por encima de tu cabeza. La esquivaste como se debe, pero no te alcanzó porque la coordinación de la bestia es tan pobre como sería la tuya si tuvieras que perseguir a un társido blandiendo un edificio de cinco pisos. En seguida, como sintiendo que ha cumplido con su deber, te olvida. Desearías poder olvidarte a ti mismo con la misma facilidad. Esta fue, al fin y al cabo, la razón que te trajo hasta aquí, tan lejos. Viaje por el tiempo escapando a todo, decía el prospecto, lo que para ti significaba escapar a Claude Ford, un hombre-marido tan insignificante como su nombre, con una mujer terrible llamada Maude. Maude y Claude Ford. Quienes no podían adaptarse entre ellos ni al mundo donde habían nacido. En el mundo constituido, tal-como-es, ése era el mejor de los motivos para volver atrás y matar saurios gigantes..., si eres bastante tonto como para pensar que ciento cincuenta millones de años en cualquier dirección pueden alterar una pizca el caos de pensamientos del vórtice cerebral de un hombre.

Haces la prueba e interrumpes la corriente de tus pensamientos ridículos, pero nunca se ha interrumpido realmente desde los días cocacolaboradores de tu juventud. Dios, ¡si la adolescencia no existiera sería innecesario inventarla! Un poco más tranquilo miras otra vez el bulto enorme del tirano vegetariano, que despierta en ti un deseo tan hondo de muerte-vida, y toda la emoción que cabe en el orga(ni)smo humano. Esta vez el fantasma es real, Claude, como tú querías que fuese, y esta vez tienes que enfrentarlo de veras antes que se vuelva y te enfrente a ti. De modo que alzas de nuevo el Viejo Igualador y esperas poder apuntar al punto vulnerable.

Los pájaros rutilantes se balancean, los piojos trotan como perros, el pantano gruñe, mientras el bronto hunde en el agua brillante como la bilis el menudo cráneo que cuelga del extremo de un cuello de serpiente, en busca del forraje de una edad salvaje. Tú miras; nunca te sentiste tan nervioso en toda tu nerviosa vida, y cuentas con esta catarsis para librar definitivamente a tu sistema de la última gota de miedo ácido. Perfecto, dices una y otra vez como un maniático, olvidándote de tu condición de hombre del siglo veintidós, de tu educación de un millón de dólares. Perfecto, perfecto. Y cuando lo dices por arbitrésima vez, la disparatada cabeza sale de nuevo del agua como un expreso renegado, y la tarasca te mira. Tasca y te mira. Y mientras la mandíbula mordisquea con unos molares romos como postes de cemento, tú ves el agua cenagosa que chorrea de los labios desbocados, de la boca deslabiada, y te baña los pies y empapa el suelo. Raíces y ramas, tallos y troncos, racimos y limos, intermitentemente visibles en esa mandíbula que mastica, y rodando y reptando entre ellos, pececitos, crustáceos, ranas, destinados todos a ser transformados por ese movimiento babeante y boqueante en movimiento intestinal. Y mientras la bestia tragatraga, los ojos de arcilla seca te observan atentamente.

Estas bestias viven doscientos años, dice el prospecto de los viajes por el tiempo, y esta bestia, evidentemente, ha tratado de vivir todos esos años, pues te mira con ojos

seculares, que durante décadas y décadas han mirado desde una cabeza vacía de peso pesado, experta al fin en primeros pasos. Para ti es como si te miraras en un perturbador estanque nublado. Esto provoca en ti un shock psíquico, y disparas tus dos cargas contra tu propia imagen. Pum, pum, ahí van las balas dum-dum.

Las luminarias bicentenarias, sagradas y pálidas, se apagan sin titubeos. Los claustros se clausuran hasta el día del juicio final. Tu imagen desaparece, desgarrada y ensangrentada. Unas membranas nictitantes se alzan lentamente en las ventanas estropeadas, como sábanas sucias que cubren un cadáver. Las mandíbulas siguen rumiando lentamente, mientras la cabeza desciende con la misma lentitud. En una mejilla arrugada aparece lentamente una cinta de sangre fría de reptil, como una cinta de pasta dentífrica. Todo es lento, con una embotada lentitud de era secundaria, gota a gota, y piensas que si hubieses estado a cargo de la creación hubieras encontrado un medio de mover los hilos de la acción menos desgarrador que el tiempo. No importa. Alcen las copas, señores. Claude Ford ha matado una criatura indefensa. Aclamen a Claude.

Observas sin aliento la cabeza que toca el suelo, el pescuezo largamente cómico que toca el suelo, las mandíbulas que se cierran para siempre. Miras y esperas que pase alguna otra cosa, pero nunca pasa nada. Nunca. Puedes quejarte ahí mirando ciento cincuenta millones de años, señor Claude, y nunca pasará nada. Poco a poco, el esqueleto poderoso de tu bronto, que los animales depredadores habrán limpiado cariñosamente, se hundirá en el barro, arrastrado por su propio peso. Luego se alzarán las aguas, y el antiguo mar de los conquistadores cubrirá estas tierras con el mismo descuido aparente con que un tramposo jugador de naipes da una mano mala a los muchachos. Una lluvia de limo y sedimentos caerá durante siglos sobre la majestuosa sepultura. El viejo lecho del bronto se alzarán, y descenderá quizá media docena de veces, suavemente, para no perturbarlo, aunque por ese entonces ya estarán formándose a su alrededor las rocas sedimentarias. Al fin, ya en una tumba de una suntuosidad que ningún rajá se atrevió a concebir, los poderes de la Tierra lo alzarán en hombros hasta que, aún dormido, el bronto descansará en una cima de las montañas Rocosas, dominando el Pacífico. Pero poco te interesa todo eso, Claude el Espada. El diminuto gusano de la vida ha muerto en el cráneo de la criatura, y el resto no te concierne.

No hay emoción en ti ahora. Estás un poco desconcertado. Esperabas que el monstruo se sacudiera dramáticamente, berreando. Por otra parte, te alegra que la criatura no haya sufrido. Eres sentimental, como todos los hombres crueles. Eres remilgado, como todos los hombres sentimentales. Te pones el fusil bajo el brazo y caminas alrededor del brontosaurio, contemplando tu victoria.

Pasas delante de los cascos informes, el blanco séptico de la cima del vientre, dejando atrás la brillante e inquietante caverna de la cloaca, y te detienes bajo el arco de la cola. Ahora tu decepción es tan tersa y tan obvia como una tarjeta de visita. Te habías

imaginado al monstruo dos veces más grande. No alcanza a tener el tamaño, por ejemplo, de la imagen que guardas en ti mismo de ti y de Maude. Pobre guerrero, la ciencia no inventará nunca nada que te ayude a calmar esa sed de una muerte titánica en las cavernas contraterrenas de tu inconsciente chapucera y terrible.

Nada te queda, sino escurrirte furtivamente a tu tiempomóvil indigestado de anticlímax. Mira, los brillantes pájaros devoradores de excrementos han comprendido ya. Uno a uno despliegan las alas cortas y vuelan desconsoladamente sobre el pantano hacia otros anfitriones. Saben cuándo las cosas se ponen mal, y no esperan a que los buitres los desalojen. Dejen toda esperanza los que entrañan. Tú también das media vuelta.

Das media vuelta, y titubeas. No te queda otra cosa que partir, pero el año 2181 no es sólo tu época, es también Maude. Es Claude. Es la tarea interminable, desesperanzada, terrible de tratar de acomodarse a un ambiente demasiado complejo, de tratar de convertirte en un engranaje. Tu huida a la gran simplicidad del jurásico, citando otra vez el prospecto, fue sólo una huida parcial, y ahora ha terminado.

De modo que titubeas, y mientras titubeas, algo te salta de pronto a la espalda, echándote de bruces en el barro grasoso. Luchas y gritas y unas pinzas de langosta te desgarran el cuello y la garganta. Tratas de recoger el rifle, pero no puedes. Ruedas atormentado sobre ti mismo, y en el próximo segundo la cosa-cangrejo se alimenta glotonamente de tu pecho. Te aferras al caparazón, pero el animal se sacude y con unos pocos picotazos te arranca los dedos. Cuando mataste al bronto, olvidaste que los parásitos lo dejarían, y que para un pequeño aborto como tú serían mucho más peligrosos.

Te defiendes como puedes, pateando por lo menos tres minutos. En seguida tienes encima todo un ejército. Ya te están limpiando cariñosamente el esqueleto. Te gustará estar allá arriba en la cima de las montañas Rocosas. No sentirás nada.